ASTERISCOS

VICENTE ALEIXANDRE, EN LA ACADEMIA

* * * ¡Quién lo hubiera dicho! ¡Quién, hace tan sólo siete, quince, veinte años, se hubiera atrevido a desear o proponer, para la Real Academia de la Lengua, el nombre, fanáticamente poético, de Vicente Aleixandre!

Y ahí está ahora su nombre, vestido—nítidamente—de frac; cogido—bautismalmente—de las manos de Dámaso Alonso y José María de Cossío, académicos ambos los más recientes, si la memoria no nos falla. Vicente entra como bailando el vals, su genial vals poético (ante el asombro circunspecto del señor Cotarelo); y saluda cadenciosamente, giratoriamente; y saluda con un respeto tan infantil que hasta los más sañudos se sonríen, y creen por vez primera, irremediablemente, en la inocencia natural de la poesía; y mira a todos con su sonrisa (con su sonrisa de hombre anterior a la Academia); y se levanta a hablar.

También a él le parece mentira. Recuerda las altas noches estrelladas y frías del Parque Metropolitano; y los límpidos atardeceres estivales de Miraflores, y la soledad absoluta de donde viene y adonde va. Esa misma noche, después de los abrazos instantáneos y de los fugaces apretones de manos, ha de volver a ella. El lo sabe. Y continúa sonriendo, desde su azul nobleza de niño. Y baila solitariamente su vals (entre los caballeros y las señoras), escuchando,

lejana y pitagóricamente, los murmullos de admiración que se levantan desde la sala y que besan dulcemente sus pies.

¡Ay, quién lo hubiera dicho, y los que tanto amamos y aprendimos en las páginas (hay que confesar que irreverentes) de ESPADAS COMO LABIOS! Ahora que la justicia está hecha (y no precisamente a la sintaxis académica), limitémonos a decir, sencillamente, la española verdad poética de Calderón y del surrealismo: gracias a Dios, la vida es sueño.

L. P.

IGNORANCIA HISTORICA

* * * El Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad de la República del Uruguay, de reciente fundación, ha iniciado la publicación de la *Gazeta de Montevideo* en forma facsimilar, precedida de advertencias e introducciones y seguida de diversos índices que facilitan la investigación.

Por desgracia, no ha llegado aún a España este tomo primero de la *Gazeta*, pero conocemos su aparición por una nota bibliográfica que sobre esta publicación ha escrito el Padre Guillermo Furlong Cardiff, y unas «Aclaraciones» de José Luis Trenti Rocamora al señor Juan Canter, autor de la Inrtoducción que precede al texto de la *Gazeta*. Y es esta introducción, y los dos escritos que la comentan, lo que queremos difundir entre los historiadores hispanoamericanos y españoles que no los conozcan.

Porque es conveniente que se sepa del inusitado saber histórico que el señor Canter demuestra en su artículo introductorio. Basta, para juzgarlo, el siguiente párrafo del Padre Furlong, crítico siempre ponderado: «No está, ciertamente—dice—, a la altura ni de la advertencia, que le precede, ni del estudio preliminar, que le sigue. Ya en la primera página consigna el señor Canter un acervo de asertos que, a nuestro juicio, son desplantes y de los más groseros. Nos resistimos a creer que los haya podido asentar un estudioso de buena ley, y en 1948. Si no fuera por las citas de obras modernas que se hace en las notas, afirmaciones que el autor de esa introducción la escribió allá por 1860. Tal es el olor a marchito, a vetusto y apolillado.»

Quizá sorprenda, a primera vista, la dureza del juicio. Mas éste se juzgará casi blando después de conocer las afirmaciones que el señor Canter estampa. Una de ellas, que figura al comienzo de la Introducción, afirma: «La vida intelectual durante la Colonia se

encontró sometida al poder inquisitorial.» Tal aserto, que, con razón, es llamado infantil por Furlong, nos parece una bufonada. La Introducción no es corta en «originalidades» de este estilo, entre las cuales el Padre Furlong destaca ésta : «La inquisición—dice Canter—constituía no sólo una defensa de la fe, sino también un elemento de contención de toda influencia extranjerizante.» Y esta otra : «El pensamiento colonial no podía asomar libremente.»

Que la primera afirmación es totalmente infundada es cosa bien patente con recordar, como hace el Padre Furlong, que libros y hombres de los países europeos llegaron continuamente al Río de la Plata, procedentes de Italia, Francia, Alemania, Inglaterra, etc., e incluso entre ellos había algunos protestantes, como se ve en la Córdoba de 1763, con la presencia de Felipe Williams, Tomás Colin, Guillermo Brown, Juan Bromly, Felipe Davies, etc. No obstante, sí se impedía la penetración de influencias extranjerizantes antirreligiosas, y en este caso, como acertadamente señala el Padre Furlong, la acción inquisitorial se reducía a la defensa de la Fe.

La afirmación de Canter señalada en segundo lugar es más curiosa : «El pensamiento colonial no podía asomar libremente.» ¿En qué lecturas e investigaciones se basa este aserto? Porque la ignorancia del señor Canter en los idiomas clásicos—concretamente, del latín—le ha impedido leer la numerosa colección de códices y libros de filosofía editados durante el período español, cuya lectura induce a afirmar al Padre Furlong que «el pensamiento colonial asomó, en todo el curso del siglo XVII y primera mitad del XVIII, con una libertad que rayaba en libertinaje».

Después de la exégesis del escrito del señor Canter, realizada por el Padre Furlong y por Trenti Rocamora, no queda nada que añadir. Solamente cabe preguntarse, con gran extrañeza, por qué personas doctas como el historiador Ravignani dan beligerancia a otras tan contumaces en el error como el autor de la comentada Introducción a la edición de la *Gazeta de Montevideo*.

J. D.

CINE ESPAÑOL

* * * El cine español tiene, entre sus virtudes, un defecto : el idealismo—no de ideal, sino de idea—de sus personajes. Más que hombres de carne y hueso son arquetipos platónicos. El coronel, forzosamente ha de tener rostro de coronel; el noble soberbio—recuérdese a Juan Espantaleón en *Locura de amor*, un gran éxito de pú-

blico en América—, ademanes de noble soberbio, y la ingenua, alma y palabras de ingenua. El director agarra a los personajes por el cabello de su cualidad dominante—la coronelía, la soberbia o la ingenuidad—y los transporta a un cielo platónico, en donde sólo pueden vivir conforme a la Idea pura. Cuanto no sirva a esta idea es sacrificado: los gestos intemporales y libres, las palabras caprichosas, la singularidad individual yacente bajo los entorchados de la profesión y de la época.

Este vaciado de humanidad se acusa, sobre todo, en las dos series de películas lanzadas estos últimos años sobre temas décimonónicos y sobre temas históricos. La preocupación por captar el ambiente pesa demasiado—no sólo en los decorados, sino en la palabra y en la acción misma—y lo individual casi desaparece o queda endurecido y hueco. Lo arquetípico mata a lo típico, lo colectivo a lo personal, lo histórico a lo intrahistórico.

Nuestros directores y actores deberían aprender a ser más desinteresados y a dejar que la vida jugara en el «cine» su juego sin adscribirle una función significativa inmediata. Sólo sobre una gran base de vida en libertad, no preocupada por representar esto o lo otro, puede construirse un gran arte.

F. C.

LA NOVELA NOVEL

* * * Mucho se ha hablado en los últimos tiempos de la crisis editorial. Las dificultades con que hoy tropieza el escritor no consagrado para salir del pozo del anonimato son, ciertamente, grandes. Las limitaciones de papel y de maquinaria de imprenta han venido luego, como desgraciado estrambote, a entorpecer aún más la estrecha salida «a pie derecho» que es siempre la primera al público. Por otra parte, las posibilidades se reducen casi a cero por la desaparición progresiva de publicaciones periódicas, pese a la buena intención, no siempre bien orientada, de las editoras y revistas a las que dan existencia instituciones más o menos oficiales. El gusto del lector medio, dirigido un poco inconscientemente hacia el autor consagrado por ese radar que llamamos publicidad, o, para colmo de males, hacia la obra traducida por la moda y no por una inteligente selección, ha acallado las conciencias no muy escrupulosas de algunos editores, moviéndoles a ver en los libros, no un instrumento cultural, sino un negocio lucrativo. El círculo vicioso que se abre con el autor que al público gusta y se cierra con el mis-

mo o semejante autor a quien el público acepta porque se le sirve, ha contribuído peligrosamente a enrarecer la atmósfera en que se asfixia el autor novel. Las ediciones privadas cuestan un dineral, mientras las editoriales hacen su agosto «arriesgando» a tiro hecho la impresión de nuevos títulos, una vez marginada toda contingencia de fracaso.

Esto ocurría en España y en tantos países más. Es mal de muchos, y, sin embargo, tonto será quien se consuele en tiempo de epidemia. Pero, por fortuna, ya en 1944, una editorial barcelonesa, la de la revista *Destino*, instituía el Premio «Eugenio Nadal» de novela, en memoria de quien fué su redactor-jefe. Se monta un buen Jurado, se reúne algún dinero, y así nace para la novelística española contemporánea ese pequeño milagro que es *Nada*, la novela de la jovencísima Carmen Laforet. Veinticinco mil pesetas y versión cinematográfica a los tres años. *Destino* da a conocer puntualmente su obra premiada, publicando también segundos y terceros premios. En la noche del 6 de enero, en un típico restaurante barcelonés, el Jurado del «Premio Nadal» decide cuál será la novela que más se lea en el año, mientras el novelista piensa en que no está del todo en desamparo y que, por hoy, le ha llegado su hora.

Y no siempre ha de seguirse sólo la senda del mal ejemplo. En 1947 otro editor español, también de Barcelona, José Janés, crea un nuevo premio periodístico: el «Premio Internacional de Primera Novela». Concurren a él novelistas de todo el mundo con obra no galardonada, y se consagra un autor desconocido—claro está—, el uruguayo Rodolfo L. Fonseca, con su primera novela *Turris Ebúrnea*, que se ha extendido por todo el mundo de habla castellana, y de la que CUADERNOS HISPANOAMERICANOS dió debida cuenta crítica en su número 8.

Ahora acaba de otorgarse el premio «Primera Novela» 1948 a *El libro de Zubeldía*, obra inicial del periodista español Juan Antonio Espinosa. La novela se subtitula *Anclas y rodas en los siete mares*, y es la visión subjetiva y apasionada de una vida de capitán mercante narrada con fuerza y valentía y con singular amor marinero. El mar entra en *El libro de Zubeldía* como agonista narrador de primer rango, criatura cambiante, cariciosa y violentamente obcecada.

Este nuevo premio novelístico viene a reafirmar la corriente de la actual novelística española en los cauces de nuestra narrativa tradicional. Si bien la postguerra no ha dado sino brotes entecos de raigambre bélica, al margen y como secuencia de la lucha se ha tor-

nado a la memoria, a la nostalgia, a la melancolía iluminada del alma que ha visto y sufrido mucho. Camilo José Cela, Zunzunegui, Miguel Delibes, Rodolfo L. Fonseca, entre otros, son buenos ejemplos de esta peculiaridad rememorativa.

Y lo bueno de esta segunda edición del premio «Primera Novela», fallado por Eugenio d'Ors, John Anppel y Salvador Dalí, es también el descubrimiento de otros valores a la altura del premiado. Y no terminaríamos justamente sin concitar en esta página a otros cinco escritores noveles, cuyas obras—que mencionaremos terminando—se publicarán a la grupa de *El libro de Zubeldía.* Si la cantidad tiene algún valor dentro de la calidad es el de una segura permanencia. No pasen, pues, innominados estos cinco nombres, ya no inéditos: Saint Pierre: *Le monde anciene;* María Teresa Cazurro: *La casa Howard;* José Luis Sampedro: *La sombra de los días;* Frederich Laings: *Six seconds one year,* y Luis Manteiga: *Humano abismo.*

E. C.

ORTEGA Y GASSET, ESPAÑOL UNIVERSAL

* * * Con motivo de la concesión de la *Medalla Goethe* al gran filósofo español don José Ortega y Gasset, su nombre y su obra vuelven una vez más al plano de la atención universal. Recogemos la noticia con júbilo, por lo que supone de reconocimiento, ya que no vamos a descubrir en español que Ortega es una de las mentes más vigorosas que ha dado España. Cuando pase el tiempo y se desvanezca la anécdota que impide a los frívolos ver la obra, Ortega y Gasset, como ahora, estará siempre presente, de modo implícito o expreso, en el pensar de las gentes hispanas.

Este hombre que empieza a inquietar la conciencia universal dijo ya en 1914, a los treinta y un años, en «Al lector...», de las *Meditaciones del «Quijote»*: «Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo.» A la pura razón, a la razón pura, le había salido su acento español consciente. El ser humano es el ser vivo y efectivo en quien se da el pensamiento. —*Menester es el hombre todo, había dicho el Pinciano*—, *mas la circunstancia—lo que nos está circundando*—, el tiempo de cada cual, la Historia. Para el español —esa es su originalidad y su drama—la razón es una abstracción mientras no se hace razón vital, que es, dicho con regusto de castellanidad teresiana, «una y misma cosa con vivir». Las ideas no se manifiestan en tanto en cuanto no están en un hombre; por-

que las ideas ocurren en el hombre, le ocurren al hombre, y en el hombre histórico, único, con nombre y apellidos viven y le viven.

Esta idea de la razón vital, en lo que tiene de «integralismo existencial», como se ha dicho, «esa mezcla y entretejimiento de las cosas y de las ideas con las existencias de quienes las viven», es una peculiaridad hispánica que no habrá más remedio que tener muy en cuenta para salir del atolladero mundial de hoy, que en parte es un envenenamiento de razón a palo seco. Parece como si no hubiese hombres, sino números, y en el mejor caso, ideas desarraigadas de los hombres que las viven para que sean operantes. Las cabezas más avisadas empiezan a ver claro lo que se ha formulado en español y en español se ha vivido siempre. Por debajo del pensamiento orteguiano, vertido en un verbo de singular hermosura, resuena la voz hispanoamericana milenaria del senequista: «el hombre es cosa sagrada para el hombre». Porque esto empieza a desazonar es por lo que el maestro Ortega ha podido decir en su magistral conferencia de Francfort con ocasión del II Centenario del nacimiento de Goethe: «Veo a Europa y al mundo, no a la luz del ocaso, sino a la del amanecer. Tras el largo silencio del mundo intelectual que ha seguido a los terribles acontecimientos de los pasados años, ha llegado la hora en que el espíritu europeo brille de nuevo con su tradicional luminosidad.»

R. DE G.

EL VERANO Y LA CULTURA

* * * El calor es enemigo de muchas cosas. Y una de ellas es, sin duda, el año académico. Llegado junio, las Universidades españolas, acuciadas por el termómetro, cierran sus aulas, otorgan títulos y desperdigan profesores y alumnos a los cuatro vientos, con grave peligro de discontinuidad. Porque en el difícil arte del enseñar y del aprender, un colapso de tres meses puede ser irreparable. Menos mal que se han inventado las Universidades y Cursos de Verano, de los cuales es significativo precedente la Universidad Internacional de Santander, dirigida por Pedro Salinas en el Palacio de la Magdalena allá en el año 34.

Hoy, el número de estas concentraciones universitarias ha proliferado grandemente en España. A la Universidad Internacional «Menéndez Pelayo» santanderina hay que añadir los Cursos de Verano de Madrid y Fuenterrabía (Guipúzcoa), para universitarios norteamericanos; los de Segovia, para franceses; los de Puigcerdá, dedi-

cados a la investigación filosófica; los de Jaca, Santiago de Compostela, Oviedo, Valladolid y Málaga, y los de la Universidad de Santa María de la Rábida, que organiza la Escuela de Estudios Iberoamericanos de Sevilla con exclusiva dedicación a temas de historia ultramarina.

La más importante de estas Universidades es la de Santander. Comprende siete distintos Cursos: Humanidades, Lingüística, Ciencias Sociales, Ciencias Biológicas (en colaboración con la Institución Valdecilla), Curso para Extranjeros con 400 alumnos europeos, Periodismo y, en fin, el de Problemas Contemporáneos, organizados por el Instituto de Cultura Hispánica en el Real Palacio de la Magdalena. Total: 700 alumnos.

Quien conozca la península cantábrica de la Magdalena puede decir que no se ha perdido una visión maravillosa. Razón tenía Salinas para decir en el verano de 1934: «Aquí, lo que nunca falla es el paisaje.» Y si en aquel entonces le falló al poeta algún detalle administrativo, bien pudo silenciar el paisaje de la Magdalena aquella pícara copla que los alumnos cantaban al director de unos Cursos con excesivo tema biológico:

Para qué nos trajiste,
Pedro Salinas,
a aguantar esta lata
de vitaminas.

El III Curso de Problemas Contemporáneos ha reunido en la Magdalena profesores y alumnos de Hispanoamérica, de España y del extranjero. Durante cuatro semanas se han desarrollado diversos ciclos de conferencias y seminarios sobre temas quizá demasiado dispersos: existencialismo, problemas actuales del intelectual español, vigencias políticas actuales, el cine desde la Sociología de la Cultura, el indigenismo, planificación y libre competencia en economía, la independencia americana y sus causas, etc., etc. Profesores y alumnos de América y Europa han convivido durante un mes en Conferencias y seminarios, prolongados después en coloquios particulares que son el verdadero fin y la eficacia de estas concentraciones universitarias.

Entre los profesores extranjeros han destacado Friedrich A. v. Hayek, de la «London School of Economics and Political Science» y asesor técnico del partido conservador inglés; James A. Magner, profesor de la «Catholic University of América», de Wáshington; el P. Dockx, secretario del «Instituto de Ciencias Teóricas», de Bruselas, y el profesor de la Universidad de Roma, Enrico Castelli. Pro-

fesores españoles e hispanoamericanos han dirigido diferentes seminarios sobre problemas actuales de Hispanoamérica: indigenismo, la independencia, temas culturales y económicos, etc.

Al margen del programa de estos Cursos de Problemas Contemporáneos, el crítico musical Federico Sopeña dió una conferencia nocturna con discos sobre «Música española contemporánea». Y como acto final del curso, los poetas Dámaso Alonso y Luis Rosales dieron una lectura de poesía, antologizando representativamente sus respectivas obras.

La Universidad de Verano montañesa, con sus defectos y virtudes, está ahí presente y anual, con una corta experiencia que puede dar frutos sazonados. Muchos querrán verla muy a su peculiar manera, según los gustos y parcialismos de cada cual, pero es lo cierto que esta convivencia de un mes largo entre profesores y alumnos de todas partes y, sobre todo, de universitarios de Hispanoamérica y España, debe ser tenida en cuenta por cuantos aman o desdeñan nuestro presente cultural.

C. R.